

Bendición Abacial de Dom Octavi Vilà i Mayo, Poblet 27 de febrero de 2016

Lecturas: Proverbios 2,1-9; Salmo 1; Colosenses 3,12-17; Juan 13,3-15

"Hijo mío, si acoges mis palabras y guardas en tu memoria mis mandamientos, prestando oído a la sabiduría e inclinando tu corazón a la prudencia..." (Pr 2,1-2)

La palabra de Dios nos pide escuchar. En la escucha se encuentra nuestra primera respuesta a la palabra de Dios. La Palabra se custodia con una escucha abierta, siempre activa. En efecto, la sabiduría no es un archivo, un registro, sino la escucha constante de un Dios que nos habla siempre, que nos habla ahora. Esto es lo primero que nos pide san Benito en la Regla: "¡Escucha, hijo!" (Pról. 1). Y el primer "hijo" al que san Benito llama a la escucha seguramente es el mismo abad, el que debe encarnar el "maestro", y el "*pius pater*", el padre misericordioso, para sus hermanos (cfr. RB Pról. 1). Porque si el abad debe representar a Cristo en la comunidad (RB 2,2), ha de hacerlo ante todo como Verbo que el Padre pronuncia eternamente y, por lo tanto, también ahora, aquí, en el presente de nuestra vida. Y Cristo es la Palabra-Escucha, es el Verbo que se deja siempre pronunciar por Otro, por el Padre, en el soplo del Espíritu Santo.

Escuchar quiere decir también invocar: "...si invocas a la inteligencia y clamás a la prudencia; si la buscas como la plata y como un tesoro la rebuscas..." (Pr 2,3-4). Nuestra respuesta a la palabra de Dios es una petición, respondemos pidiendo, invocando. Esta es la escucha activa, libre, responsable que Dios quiere: pedir siempre la palabra del Padre, es decir, pedir el don del Hijo al Espíritu Santo.

El Salmo 1 también nos enseña a alimentarnos y saciarnos en la Ley del Señor, evitando hablar con los malvados, con los arrogantes, es decir, con aquellos que creen ser ellos mismos la fuente de la verdad, de la sabiduría, sin basarse en la escucha de Dios que nos habla sin interrupción, como un río que corre. La arrogancia es la palabra que no escucha, que no se basa en la escucha humilde y amorosa de Dios.

Sin embargo, San Pablo nos recuerda que esta escucha no se pide solo al abad, a quien preside la comunidad eclesial: "La palabra de Cristo habite entre vosotros con toda su riqueza" (Col 3,16). En efecto, el Espíritu habla siempre a la Iglesia, a una asamblea de hermanos y hermanas, convocada por el Verbo hecho carne para continuar su encarnación en la historia del mundo. El Verbo necesita siempre de la escucha de María, figura y modelo de la Iglesia, para dejarnos engendrar por el Padre en el tiempo, en todo tiempo, en nuestro tiempo, es decir, para engendrarnos a la vida nueva como miembros de su Cuerpo. El abad está llamado a favorecer esta escucha del Verbo de modo que se encarne en la vida de comunión de su comunidad. Por esto, san Benito le pide ante todo una dedicación a la escucha y a la evangelización de su comunidad.

Hoy cuesta convencer de esto a los superiores y a las superiores, que con frecuencia creen tener que dar primacía a un papel de gobierno, de administración (a veces casi solo de tipo económico), o, como mucho, de servicio caritativo a la comunidad. No se entiende que la primera caridad que todo pastor está llamado a ofrecer a su grey es el Evangelio, la Palabra de Dios que ilumina el camino, que conforta, que estimula, que corrige en profundidad los corazones, y no solo la superficie de los comportamientos y de las formas exteriores. ¡Qué tristeza las comunidades que no son educadas para escuchar la belleza luminosa del Evangelio, es decir, del mismo Cristo, presente en medio de nosotros para hablarnos!

Por lo tanto, para San Benito la palabra del abad debe educar la escucha de sus hermanos, la escucha de la comunidad. El beato Guerrico d'Igny define el monasterio como "*auditorium Spiritus Sancti* – el auditorio del Espíritu Santo" (*Serm. Adv.* 5,2; *Serm. Nav.* 5,2; *Serm. Epif.* 3,6), es decir, como lugar consagrado a la escucha del Espíritu, donde estamos reunidos para escuchar a Dios. Lugar, por lo tanto, del silencio, de la comunión en el silencio. No un silencio vacío, sino un silencio en el que el oído tiende a escuchar la única Palabra que vale la pena escuchar, el Verbo de Dios, incluso cuando se escuchan todas las demás palabras. Una Palabra que no es solo teórica, que no es solamente un concepto, sino una belleza y una bondad que la comunidad está llamada a hacer resonar en la armonía del arte. La palabra de Dios fecunda la capacidad humana de expresión y engendra la belleza, engendra el arte: el arte del canto, de la música, de la danza, del icono, de la enseñanza fascinante que hace arder los corazones como a los discípulos de Emaús... En definitiva, el arte de la liturgia. Nos lo ha sugerido San Pablo: "La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados." (Col 3,16a).

Pero hay una belleza de la palabra de Dios que es la más grande de todas: la caridad. La caridad no es una alternativa a la palabra, a la sabiduría, a la verdad. La caridad es el origen y el fin, el significado más profundo y sublime de la palabra de Dios. El Logos, en efecto, es *Ágape*. El Verbo se hizo carne para expresar hasta el fondo que Dios es Amor.

Por esto, Jesús inserta el lavatorio de los pies en la liturgia de la cena pascual. Lo hace como Maestro y Señor, es decir, para expresar y revelar la profundidad de su enseñanza y de su autoridad divina.

En el momento en el que la comunidad de los apóstoles está reunida en la comunión de la oración, de la escucha de la palabra de Dios, para celebrar la Alianza, precisamente "cantando a Dios, dándole gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados" (cfr. Col 3,16), Jesús se levanta y se despoja, como para revelar la belleza esencial de su Cuerpo, que es la belleza del siervo de Dios, la verdad última del Evangelio y la gloria máxima del Señor. Y esta verdad y esta gloria se concentran en la misericordia de Dios, que viene a lavarnos los pies, a lavar lo que hay en nosotros de más bajo y sucio en el camino de la vida. Jesús se levanta para doblarse, para abajarse en la caridad misericordiosa que asume el cuidado de nuestra miseria.

Jesús invita a los apóstoles y a cada uno de nosotros a transmitir a los demás lo que Él nos da, lo que Él es para nosotros. Nos pide hacer esto en memoria suya, como la Eucaristía. Nos pide ser misericordiosos como Él es misericordioso, para ser, a través de Él, misericordiosos como el Padre. Misericordiosos como el Padre, misericordiosos como el Hijo, misericordiosos como Dios. Esta es la caridad.

El abad, como Pedro, debe entonces permitir a Cristo que cuide de su miseria. ¡Qué horror los superiores que se creen en el deber de ser perfectos! Pedro está llamado a amar a Jesús más que los demás (cfr. Jn 21,15), no porque sea capaz ni digno de ello, sino porque Cristo le ha perdonado a Él más que a todos los demás, porque Cristo ha lavado sus pies sucios del barro de la presunción y del orgullo más que a todos los demás. A quien se le ha perdonado mucho se le pide amar más (cfr. Lc 7,47).

Cuando un superior quiere obtener una gracia para su comunidad, el método más seguro es el de acordarse de ofrecer al Señor su propia miseria. Los mejores administradores de los tesoros de Dios son los mendigos.

En el fondo, San Benito no querría más que esto para sus comunidades. En el capítulo 53 de la Regla, que trata de la acogida de los huéspedes y, por lo tanto, de lo que el monasterio está llamado a ser para el mundo, San Benito prescribe que el abad y toda la comunidad, después de haber mostrado al huésped todos los signos de acogida espirituales y materiales necesarios, renueven con él el lavatorio de los pies que nos transmitió Jesús. Y después de este gesto, Benito pide que toda la comunidad cante un versículo del salmo 47: "*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam, in medio templi tui* – ¡Oh Dios, hemos recibido tu misericordia en medio de tu templo!" (Sal 47,10; RB 53,13-14).

Hace solo unas pocas semanas, hablando de la misericordia en la Regla a nuestros hermanos y hermanas del Vietnam, he comprendido que para san Benito el monasterio es el templo de la misericordia de Dios. La comunidad se convierte en templo de la misericordia cuando se dobla para lavar los pies de la miseria de los hermanos y hermanas y de todos. Y es de esta manera como un monasterio acoge la misericordia de Dios para el mundo entero. Para San Benito, el monasterio no es "escuela del servicio divino", como dice en el Prólogo de la Regla (Pról. 45), solamente en el sentido de que en él se aprende a servir a Dios, sino también, y quizá sobre todo, como lugar en el que se aprende a servir al hombre *como* Dios le sirve, haciendo memoria por lo tanto de Jesús muerto y resucitado por nosotros, del Hijo misericordioso como el Padre, que el abad tiene la vocación, la misión y la gracia de representar, de re-presentar constantemente a sus hermanos.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist